

LA DIVINA COMEDIA

CANTO I

Del camino a mitad de nuestra vida
 encontreme por una selva oscura,
 que de derecha senda era perdida.
 ¡Y cuánto en el decir es cosa dura
 esta selva salvaje, áspera y fuerte,
 que en el pensar renueva la pavora!
Tanto es amarga que es poco más muerte:
más, para hablar del bien que allí encontrara
 diré otras cosas de que fui vidente.
Yo no sé bien decir cómo allí entrara;
tan lleno era de sueño en aquel punto
 que el derecho camino abandonara.
Mas luego, al ser al pie de un monte junto
 en donde daba término aquel valle
 que aflicto en miedo el corazón me tuvo,
 miré a lo alto, y vi que era en su talle
 vestido ya de rayos del planeta
 que nos guía derecho en cualquier calle.
Fue entonces la pavora un poco quieta,
 que en el lago del pecho aún me duraba
 la noche, que pasara tanto inquieta.
Y como aquel que con cansadas ansias,
 salido ya del piélago a la riba,
 se vuelve a ver las peligrosas aguas,
 así el ánima mía, aún fugitiva,
 se volvió atrás a remirar el paso
 que no dejó jamás persona viva.
Cuando di algún reposo al cuerpo laso
 aquella proseguí playa desierta,
tal que el pie firme siempre era el más bajo.
Y he aquí, casi al comenzar la cuesta
 una onza ligera y presta pronto,
 que de pie maculada era cubierta:
y no se me apartaba de ante el rostro,
 así tanto impedía mi camino
 que muchas veces intenté el retorno.
Tiempo era el principio matutino,
 y remontaba el sol con las estrellas
 que eran con él, cuando el amor divino
 movió al principio aquellas cosas bellas;
tal que de esperar bien me dio ocasión,
 de la fiera de piel pintada aquella,
 la hora del tiempo y dulce la estación:
mas no sin que temor no me infundiese
 la aparecida vista de un león.

Este semblaba contra mi viniese
con la testa alta y apetito fiero,
que el aire parecía le temiese;
mas una loba, que de todo anhelo
parecía cargada en su magrura,
y vivir mucha gente hizo con duelo,
esta causome turbación tan dura
con el temor, nacido de su vista,
que perdí la esperanza de la altura.
Y como aquel, que con placer aquista,
y llega el tiempo que perder le haga,
que en todo su pensar llora y se atrista,
tal me hiciera la fiera de paz falta,
que, viniendo a mi encuentro, poco a poco,
me rechazaba allí donde el sol falla.
Mientras retrocedía al lugar hondo
ante mi vista se hizo descubierta
quien mudo pareció en lo silencioso.
Cuando yo le miré en el gran desierto,
«Apiádate de mí -le grité al mismo-,
quienquiera seas, sombra u hombre cierto.»
Respondiome: «Hombre no; hombre ya he sido,
los que diéronme el ser fueron lombardos,
y ambos por patria a Mantua la han tenido.
Nací sub Julio, bien que un poco tardo
y viví en Roma, bajo el buen Augusto,
en tiempos de engañosos dioses falsos.
Poeta he sido, y yo canté del justo
hijo de Anquises, que volvió de Troya
después que fuese el soberbio Ilión combusto.
Mas, ¿por qué a tanta pena tu retornas?
¿por qué no vas al deleitoso monte
que es principio y razón de dicha toda?»
«¿Eres tu aquel Virgilio, aquella fuente
que tan gran río en el hablar difunde?
-le respondí con vergonzosa frente-.
¡Oh, de los otros poetas honra y lumbre!
válgame el largo estudio y grande amor,
que a mí buscar me han hecho tu volumen.
Eres tú mi maestro, eres mi autor:
eres tú solo aquel, de quien yo hurto
el bello estilo, que me ha dado honor.
Mira la bestia por la cual yo huyo:
de ella, famoso sabio, has de ayudarme,
que me hace estremecer venas y pulso.»
Te conviene seguir distinto viaje,
-dijo, después de ver que yo lloraba-,

si quieres huir de este lugar salvaje:
porque esta bestia, por la cual tu clamas,
no deja que otro pase por su vía,
mas tanto se lo impide que lo mata;
y es su natura tan malvada e impía
que su rabiosa gana nunca llena,
y ha más hambre al comer que antes tenía.

Con muchos animales se empareja,
y aún serán muchos más, hasta que el Veltro
vendrá, y hará que con dolor se muera.

Este no comerá tierra ni peltro,
pero si amor, virtud, sabiduría,
y su patria estará entre Feltro y Feltro;
será salud de aquella humilde Italia,
por quien murió la virginal Camila,
Euríalo y Turno y Niso en la batalla.

Este la cazara por cada villa,
hasta arrojarla dentro del infierno,
del que al principio la sacó la envidia.
Mas ahora por tu bien pienso y discierno
que tú me sigas, yo seré tu guía:
te sacaré de aquí a un lugar eterno,
donde oirás espantosa gritería:
verás viejos espíritus en duelo,
que todos la segunda muerte ansían;
luego aquellos verás, que están contentos
en fuego, porque esperan la llegada
entre los alabados, a su tiempo:
a los cuales, si tu ascender desearas,
otra alma te quiera que yo más digna,
te dejaré con ella cuando parta:
que aquel Emperador, que reina arriba,
porque yo con su ley rebelde me hice,
no quiere a su ciudad por mí la ida.

En toda parte impera y allí rige,
allí está su ciudad y su alto asiento:
¡dichoso aquel, que al lado suyo elige!»

Yo le dije: «Poeta, te requiero
por ese Dios que tu no conociste,
para huir de este mal o más adverso,
que me lleves allá donde dijiste,
tal que yo vea la puerta de San Pedro
y aquellos que tú dices ser tan tristes.»
Anduvo entonces, y seguí postrero.

Traducción de Carlos López Narváez